

La Literatura como fuente para el estudio de la violencia en México y Colombia en la década de 1940: *El Día del Odio* de José Antonio Osorio Lizarazo y *Nueva Burguesía* de Mariano Azuela

Literature as a source for the study of violence in Mexico and Colombia in the 1940s: José Antonio Osorio Lizarazo's *El Día del Odio* and Mariano Azuela's *Nueva Burguesía*

Carlos Geovanny Duarte Rangel

Universidad Autónoma de Sinaloa

<https://orcid.org/0000-0001-7468-6971>

carlosrangel16@gmail.com

Fechas de recepción: 12/10/2023

Fecha de aceptación: 23/11/2023

Resumen

El siguiente artículo presenta una reflexión sobre la literatura como un recurso para la comprensión de procesos históricos, a partir del análisis de las novelas *El Día del Odio* de José Antonio Osorio Lizarazo, y *Nueva Burguesía* de Mariano Azuela. Tanto en Colombia como en México, hacia la década del cuarenta, particularmente desde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (1948) a la conformación de El Frente Nacional y la institucionalización de la Revolución Mexicana, respectivamente, se configura un régimen político cerrado y antidemocrático, algo que provocará la aparición de una serie de documentos testimoniales que representaron ese contexto violento, siendo un ejemplo las dos novelas mencionadas. A partir de lo que los estudios culturales literarios y la sociología llaman *literatura de la violencia* y *novela testimonial*, se identifican una serie de elementos textuales e intertextuales que utilizan los autores de esas obras para dar cuenta de la vida política y social en aquellos años. Tema que, por influencia de la nueva historia social y cultural, va a ser abordada por la historiografía contemporánea como una nueva forma para estudiar la violencia política del siglo XX.

Palabras clave: Imaginario, literatura, historia, violencia, testimonio

Abstract

This article presents a reflection on literature as a resource for understanding historical processes, based on the analysis of two novels: *El Día del Odio* by José Antonio Osorio Lizarazo, and *Nueva Burguesía* by Mariano Azuela. In both Colombia and Mexico, towards the 1940s, particularly from the assassination of Jorge Eliécer Gaitán to the formation of the National Front and the institutionalization of the Mexican Revolution, respectively, a closed, antidemocratic political regimes were configured that fostered the appearance of a series of testimonial documents which chronicled this violent context, including these two novels. Based on what literary cultural studies and sociology would call the literature of violence and the testimonial novel, a series of textual and intertextual elements are identified that the authors of these works used to give an account of the political and social life of those years. This theme, influenced by the new social and cultural history, will be approached by contemporary historiography as a new way to study the political violence of the 20th century.

Keywords: imaginary, literature, history, violence, testimony

Introducción

La violencia, en cualquiera de sus manifestaciones, es un tema importante hoy en día, tanto para la sociedad colombiana como la mexicana. Este fenómeno social se convirtió en uno de los objetos de estudio que más ha logrado la atención por parte de los especialistas latinoamericanos y extranjeros. Es una problemática que analizan las ciencias humanas y sociales, con un importante y cada vez más acentuado enfoque interdisciplinar. Sin embargo, y a pesar de la enorme atención que recibe, se ha explorado poco la relación existente entre esas formas de violencia y su repercusión en la vida cultural y literaria latinoamericana.

La literatura¹ fue un vehículo que representó momentos significativos de la historia del siglo XX. A partir de la década del cuarenta, toda una generación de

¹ Es complejo lograr una definición certera para el concepto de literatura. Mientras algunos autores lo clasifican en el tipo de creación exclusivamente ficcional, otros lo asocian a todo lo escrito, incluyendo tanto el discurso ficcional como el no-ficcional (científico). En este caso y para la investigación, la referencia a literatura será entendida como lo escrito

escritores, motivados en su mayoría por el conflictivo contexto político y social, fijó su mirada sobre la realidad latinoamericana y la plasmaron a través de la elaboración literaria de los sucesos históricos más significativos, con escenarios y personajes posibles, con obras que en muchos casos fueron censuradas, producto de la persecución de los regímenes políticos autoritarios.

Así, la incursión del testimonio en la nueva novela latinoamericana configuró un género híbrido dentro de la narrativa, que se originó como una vanguardia artística y cultural, impulsada por los movimientos políticos y sociales desatados a raíz de la Revolución cubana, y como reacción a la censura y persecución política por parte de los regímenes dictatoriales, militaristas y democracias presidencialistas y cerradas, que se instalaron en el continente a mediados del siglo XX, en el marco de la Guerra Fría.

Su reconocimiento se va a hacer evidente a partir de la segunda mitad siglo XX, como un subgénero que canalizó desde la literatura la voz a sectores sociales, políticos y académicos que siempre estuvieron al margen de las formas tradicionales de expresión o difusión literaria. Es decir, al margen del *Boom* editorial, dieron cuenta de una experiencia en muchos casos vivida en carne propia por sus autores. Como señala Bustos (2010), fue una forma de voz pública para quienes carecían de ella por razones de exclusión política o marginación, dígase mujeres, indígenas, guerrilleros, obreros, estudiantes y otros grupos sociales que han sufrido alguna clase de proscripción.

En América Latina el género por excelencia que predominó durante las primeras décadas del siglo XX fue el de la poesía. Son reconocidos los grupos literarios o movimientos artísticos que se formaron en torno a la fuerza del verso; tanto, que se relegó a otros géneros literarios en su momento, como el ensayo político, la columna o el artículo periodístico, incluso por los mismos escritores o intelectuales, un poco arrastrados por el interés de la naciente crítica literaria y la posibilidad de divulgación a través de las revistas de letras.

En Colombia, siguiendo los manuales de literatura colombiana, se dio un salto generacional y estilístico entre *María* (1867) de Jorge Isaacs y *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, hasta *Cien Años de Soledad* (1967) de Gabriel García Márquez, quedando una especie de limbo académico y literario de tres décadas de producción literaria, producto del centralismo poético que reinó durante esos años. Los géneros narrativos de inicios de siglo fueron influenciados inicialmente por el modernismo, el cual, en términos estilísticos, se caracterizó por tratar temáticas sociales en una amalgama de lenguajes costumbristas y regionalistas propios de la época, con un marcado signo de protesta social. Para Forero (1994) esa imagen y estilo rústico y romántico en la estructura de

en géneros narrativos (novela), que necesariamente desprende unas características particulares de una época, de un género, de un estilo. A propósito de definiciones sobre el concepto de literatura, véase Terry Eagleton. (1988). En *Introducción a la teoría Literaria*. FCE; Raymond Williams. (1997). *Marxismo y Literatura*. Península.

la mayoría de los textos prevalecen hasta décadas posteriores, como se podrá sentir en los primeros textos de Gabriel García Márquez.

Con el paso de los años y el desarrollo de los géneros literarios, la escritura testimonial se fue deslindando de la *nueva novela* o, también conocida como, *novela moderna*. En esta última, la narrativa se difumina en variados subgéneros, como la novela urbana y policiaca, y es enriquecida con la utilización de nuevas figuras literarias —como la paradoja—. Fue fomentada por la aparición de movimientos y grupos literarios como el nadaísmo, producto de la misma dinámica del desarrollo de las artes, como el teatro, la poesía, la música y el cine. Además, dentro de la nueva novela, las formas de creación tienden a entremezclarse con debates políticos y filosóficos, para dar nacimiento a las vanguardias literarias de mediados de siglo.²

Aunque la literatura testimonial sólo se desarrolló a plenitud en el siglo XIX, ya se conocía desde la antigüedad, a través de relatos con intención de documentar temas históricos; algunos ejemplos de esto van desde Tucídides y Heródoto, pasando por todas las narraciones de hazañas y caballería medieval. Para dar más perspectiva, es pertinente mencionar que, en Inglaterra, a finales del siglo XVI, la palabra *novela* era empleada tanto para denotar sucesos reales como ficticios; por lo que se incluían en el mismo género los textos de William Shakespeare y John Milton, al igual que los ensayos de Francis Bacon y el Leviatán de Thomas Hobbes. Lo propio ocurría con la literatura francesa del siglo XVIII, junto a las obras de Corneille y Racine aparecían las obras de La Rochefoucauld, los escritos filosóficos de Descartes y Pascal. De esta manera es como para Terry Eagleton, (1998) la literatura no se definía por su carácter novelístico e imaginativo, sino como una forma de escribir.

El siglo XIX conocerá la novela histórica, que nace como un género híbrido entre el romanticismo literario y el positivismo científico, hasta llegar, posteriormente, a Georg Lukács, Jules Michelet, Robert Darnton y Georges Duby, quienes van a abanderar una renovación por el análisis de la imaginación y escritura histórica. Es a mediados del siglo XX, donde la novela se instala como el género donde se hace evidente toda la serie de acontecimientos políticos, sociales y culturales derivados de los problemas contemporáneos como la lucha entre la «civilización» urbana y la «barbarie» rural, la explotación obrera y el racismo social, en un contexto ambiguo del desarrollo incipiente de un capitalismo preindustrial, junto con la desbordada idea de la modernidad en América Latina.

² Movimiento que tiene su inspiración en el *Dadaísmo*, *Nihilismo* y *Existencialismo* francés, los cuales eran lecturas recurrentes en los jóvenes de esa generación. Como ocurriera con el Dadaísmo, este grupo utiliza también el recurso del manifiesto, como proclama de su proyecto vanguardista. La incursión del Nadaísmo en la escena artística y cultural colombiana trastocó un poco la tranquilidad y normatividad de la vida literaria, política y religiosa. El suplemento *Esquirla* fue el principal medio de difusión y el escenario a través del cual se libraron enconados debates en torno a la concepción de la literatura.

A través de la trasgresión de las versiones oficiales, o la simple denuncia directa a manera de testimonio, todas estas narraciones estuvieron ligadas a su acontecer social. El relato se encarnó en escenarios muy cercanos a los observados, con personajes típicos y autores que cargan la angustia de haber sobrevivido. Así, el escritor representó, sin artificios y técnicas discursivas, aquellas problemáticas sociales; tanto, que, en un momento dado, la ficción se superpuso a la realidad.

El debate generado por las fronteras entre el discurso literario y el histórico derivó en la construcción de líneas teóricas y epistemológicas sobre la naturaleza de ambas escrituras. Sumado a la irrupción del método científico, a inicios del siglo XX, para el estudio de las humanidades, la especialización de las diferentes áreas del conocimiento, entre ellas la historia y la literatura, marcó una distancia mayor entre ambos oficios. Es así como los textos escritos de naturaleza ficcional tuvieron su lugar sólo desde de la imaginación, y tanto el lector como el crítico literario los someterían a una apreciación artística y estética, sin lugar para el juicio de lo verídico o real. Mientras tanto, el texto-documento —en su mayoría de procedencia gubernamental (dígase judicial, notarial u oficial)— fue el material por excelencia para escribir historias bajo los presupuestos de veracidad, en una especie de relación recíproca con lo real acontecido, bajo el rigor científico de la crítica de fuentes y objetividad, propias de lo que debería hacer un historiador de aquellos años.

Sin embargo, en las últimas décadas y producto de los estudios culturales, la reflexión por las fuentes históricas, la literatura vuelve a tener una relevancia importante para la historiografía latinoamericana en su línea de historia cultural. Estos documentos literarios transforman e intensifican el lenguaje ordinario, en términos estéticos, ya que no va en detrimento del contenido histórico, político y social del mismo. Este tipo de fuentes, por su naturaleza testimonial, le imprimen un valor memorial al documento en la medida en que no sólo se proyecta lo que la persona vio o hizo, sino lo que sintió y, en ese sentido, lo escrito muestra un pedazo humanizado de la realidad.

Ahora bien, esos textos no necesariamente son depositarios de la verdad, en el sentido que lo plantea la historia positivista, ni proporcionan una respuesta total a las preguntas realizadas. Ese texto cualquiera se convierte en documento en la medida que el investigador lo requiere y le pregunta sobre un pasado que fue representado a través de este. Todo material escrito, todo vestigio, toda fuente del pasado, se reduce a una concepción o interpretación de lo sucedido por su autor o creador. En esa medida, en términos de White (1992) tanto para el escritor de textos literarios, como para el investigador histórico que lo interpreta desde el presente e intenta reconstruir un hecho ya construido, se establece una relación de representación histórica.

II

En este caso, la violencia, entendida como un proceso histórico y estructural en la reciente historia latinoamericana, no puede desligarse de su componente político para poder analizar cómo fue que se dio dicho proceso en los contextos colombiano y mexicano surgidos a partir de la década del cuarenta, al inicio de la Guerra Fría, donde sus gobiernos dan un giro hacia un marcado autoritarismo militar y presidencial. Tanto en México como en Colombia, en el transcurso del siglo XX, se configuró un modelo gubernamental e institucional cerrado, antidemocrático y excluyente, que, gran número de estudios históricos, políticos y sociales sobre el tema, lo relacionan como el principal agente detonador de violencia política de aquellos años.

A juicio de González (2017), esta violencia surge como resultado de un desequilibrio frente al poder, es decir, la violencia se origina cuando las personas se ubican de manera desequilibrada con sus necesidades individuales respecto de la estructura y las posibilidades de la realización de sus deseos políticos, económicos y sociales. En este caso, los factores detonantes de la violencia, tanto en Colombia como en México, derivan del restringido acceso a la participación en el poder político, producto de los sistemas políticos cerrados; que en el caso mexicano se caracterizó por el modelo de partido único; mientras que en Colombia se presentó por la fórmula del bipartidismo que cerró la posibilidad de participación de otras fuerzas políticas, lo que originó, en muchos casos, la elección de la vía armada como forma de acceder al poder. Es así como podemos afirmar que se trata de una violencia de tipo político, donde “se reflejan las contradicciones entre los actores sociales en su disputa por el poder político. Por un lado, prácticas políticas violentas y, por otro, ejercicios represivos de parte del Estado que se fundan en la ostentación legítima y legal de la fuerza” (Aróstegui, 1996, p. 10).

En ese marco de comprensión conceptual, se puede decir que en América Latina, particularmente en Colombia y México, se hace presente una serie de escritores y obras literarias que pueden ser objeto de este análisis. En la década del cuarenta, a partir del fomento de la industria editorial en México, con la creación del Fondo de Cultura Económica, diversos géneros adquirieron importancia durante aquellos años y más escritores empezaron a cultivar el género de la novela. En este mismo país, hay una variedad temática, y los relatos se desligan en algunos casos de espacios rurales e involucran lo urbano, donde persiste de fondo el sentido de crítica y protesta social, específicamente con la novela de la revolución.

Para el caso de Colombia, la producción y circulación editorial en la década de los cuarenta fue menor, y son pocos los estudios realizados sobre el tema; Forero (1994) inclusive habla de la novela de los años cuarenta en este país como un eslabón perdido, en la medida en que fue una época que pasó desapercibida para la crítica literaria y académica, aun cuando hubo una importante producción literaria que fue opacada por el interés por el grupo de Barranquilla. Esta

literatura se caracterizó inicialmente por tratar temáticas sociales, entre ellas la protesta ciudadana, continuando la secuela de *La Vorágine* de José Estadio Rivera y dejando un poco de lado el referente romántico de Jorge Isaacs con *María*. Sin embargo, prevalece esa imagen y estilo romántico en la estructura de la mayoría de los textos hasta décadas posteriores. Al respecto, Forero (1994) afirma que

A la novela moderna se ha llamado también nueva novela a imagen de lo que se denominó *nouveau roman* en la literatura francesa. Este tipo de literatura se define en oposición al proyecto *mondonovista* de la novela tradicional de la tierra, que se venía escribiendo desde los años veinte. Se trata de un proceso renovador de la narrativa donde se abandona la tierra y la selva y existe una preocupación por una fachada capitalista. (p. 32).

En ambos casos, colombiano y mexicano, se rompe con el esquema tradicional del relato. Subyacen temáticas muy ligadas al acontecer social del contexto posrevolucionario en México, como los conflictos rurales y sindicales por la tierra, mientras que en Colombia se tratan migraciones y desplazamientos forzados, relacionados con las primeras formas de violencia bipartidista. Justamente, Augusto Escobar Mesa (1990) hace un importante estudio sobre el tema, desde un punto de vista más académico, realizando varias aproximaciones desde la historia, la sociología y la literatura; utilizando, además de las fuentes literarias, algunos documentos históricos para el estudio de todo el periodo desde los cuarenta hasta los setenta. Para el autor, en Colombia, la literatura que trata el fenómeno de la violencia política surge como producto de una reflexión elemental o elaborada de los sucesos históricos y políticos acaecidos antes del 9 de abril de 1948 y hasta 1965, así como la formación de los principales grupos guerrilleros.

En México, por ejemplo, el contexto posrevolucionario y la consolidación de un estado presidencialista, con un marcado control de los nuevos grupos sociales de poder político y económico que emergen en el marco del milagro mexicano, ve escribir y publicar a Mariano Azuela como fiel representante de la época. En Colombia, la consolidación de un bloque político bipartidista, en comunión con las fuerzas militares, fomenta la agudización de la violencia, que deriva en el bogotazo,³ cuyo principal observador va a ser José Antonio Osorio Lizarazo. Los imaginarios de ciertos elementos de naturaleza social y política se

³ De las aproximadamente 70 novelas conocidas publicadas entre 1949 y 1967, que tratan el tema de la violencia, un 77% implica a la iglesia como provocadora del conflicto, 90% a los grupos parapoliciales, 70% atribuye la violencia al partido conservador, 7% a los liberales, y sólo el 20% no tomó partido y hace una reflexión crítica. Al respecto ver Escobar Mesa, Augusto. (2000). “Literatura y violencia en la línea de fuego”. En *Literatura y cultura, narrativa colombiana del siglo XX*. Vol. II. Ministerio de Cultura, pp. 327.

van a manifestar a través de la literatura como referente históricamente verosímil que hace de su obra un legado para la comprensión de la época de ambas sociedades.

III

El Día del Odio de José Antonio Osorio Lizarazo

El 9 de abril de 1948 fue asesinado el líder político Jorge Eliécer Gaitán. Este evento, en algunas capitales y provincias de Colombia, desencadenó una serie de actos en rechazo a su asesinato. En Bogotá, epicentro del hecho, la manifestación se caracterizó por la aglomeración de gente en las calles y plazas principales, la destrucción y saqueo de edificaciones públicas y particulares, así como el linchamiento y muerte del supuesto asesino, para culminar inicialmente con la toma de control por las fuerzas del Estado —como la guardia presidencial y el ejército— y posteriormente con el apaciguamiento colectivo de la población a altas horas de la noche.

Tiempo después, la prensa anunció el hecho, registrando de esa forma lo sucedido. Los medios de comunicación del gobierno, a su vez, expusieron su versión de lo acontecido. Posteriormente, se inició la investigación judicial que terminó 30 años después. Figuras políticas, académicas, intelectuales, periodistas, fotógrafos y particulares, registraron a su manera el suceso y lo presentaron a través de comentarios personales, artículos, crónicas, ensayos, al igual que en múltiples géneros narrativos. Con ello vemos cómo el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán precipitó el levantamiento social más grande en la historia de Latinoamérica, conocido como el Bogotazo. Y es justamente que, en *El Día del Odio*, novela del escritor colombiano José Antonio Osorio Lizarazo, publicada en 1952 por la editorial López Negri de Buenos Aires, se representó aquel acontecimiento.

Para entrar en contexto, es necesario mencionar que Osorio nació en Bogotá en el año de 1900 y murió en 1964. Estudió en el colegio San Bartolomé, y posteriormente se dedicó a la literatura y al periodismo, junto con la actividad política que lo llevó a fundar y dirigir el diario *Jornada*, portavoz del movimiento gaitanista. Osorio simpatizó con los planteamientos de Alfonso López Pumarejo, quien se presentó como el candidato de la modernización del país y fue amigo personal de Jorge Eliécer Gaitán, que lo acompañó y respaldó. Tras los acontecimientos del 9 de abril de 1948, salió del país y vivió en República Dominicana, Venezuela, Argentina y Chile. En los artículos y ensayos periodísticos del autor, la pobreza es el tema central y es abordada con el mismo tono fatalista y conmisericordioso de sus novelas. Entre su producción narrativa se destaca *La cosecha* (1935), *Garabato* (1939), *Casa de vecindad* (1939) y una biografía del caudillo asesinado titulada *Gaitán, vida, muerte y permanente presencia* (1952).

En su novela se describe una Bogotá, entrada la década del cuarenta, como una ciudad que podía sentirse extraña, aun para sus mismos habitantes, pues muchos de ellos deambulaban sin poderse adaptar a esa realidad que ofrecían las bondades de la modernidad que auguraba el gobierno de la República Liberal. También describe sus contrastes en las calles, donde las nuevas vitrinas con decoraciones lujosas exhibían la moda de vanguardia para hombres y mujeres, junto con las hileras de indigentes apostados por las aceras pidiendo limosna. Cuenta cómo la gente se detenía en las vitrinas de venta de televisores a ver los últimos avances de las tropas alemanas y de los aliados en todos los frentes de Europa; cómo en los cortos de noticias, antes de las películas, se proyectaban partes de las victorias aliadas o alemanas, que provocaban vítores o rechiflas, para luego limar las asperezas y morir a carcajadas con fragmentos de películas protagonizadas por Mario Moreno “Cantinflas”.

Así es el imaginario de sociedad capitalina creada por Osorio en su novela, una ciudad que tenía al rededor del medio millón de habitantes, repartidos entre industrias, calles, hogares, chicherías y clubes sociales. Además de una sociedad dividida en clases sociales bien definidas y, para cada una de ellas, un tipo de personaje, un oficio y un espacio en la sociedad. Esa diferenciación social se muestra en la obra a partir de elementos étnicos asociados a rasgos físicos y formas de expresión regionales, sobre todo en aquellas situaciones, lugares, acciones y personajes donde participan las clases bajas. Los dialectos se usan para identificar una diferenciación de clase y de nivel cultural, a la cual se han visto sometidas las clases populares, como producto de un proceso histórico desde tiempos coloniales. En el transcurso del relato, cuando se establecen los diálogos entre los personajes, el autor utiliza las expresiones propias de la *chusma*, como provincialismos, arcaísmos, palabras entrecortadas, tal cual como las pronuncian, de manera que definen, además de su condición social, su visión en referencia a lo que ocurre en el país. Al respecto, un personaje de la novela da su impresión sobre Gaitán y sus posturas políticas:

Y porque es *abogao* —continuó Olmos— no va a hacer la revolución que se necesita. No va a dejar despescuezar uno de esos ladrones de la alta. Su mala vaina, su defecto único es que dice que la revolución hay que hacerla dentro de la ley. [...] Yo que vivo sacándole el cuerpo a la ley, sé que las leyes las hacen estos guaches de arriba pa’ afianzar sus privilegios, y que han *entrabao* las cosas de modo que no hay por donde entrarles. Que el Gaitán llegue hacer algo que no les convenga y ay ta’ la ley que desbarata lo que haga Gaitán, esa es la mala vaina, lo primero que hay que hacer es tumbar la ley, partir de nada, como en la revolución francesa. (p. 144).

En este caso, el autor, a través del personaje, presenta una visión particular sobre el sistema judicial de la época, sobre las leyes, una posición que tiene apoyatura en el lenguaje popular, pero que, de una u otra forma, es uno de los estandartes de la crítica política de la época. Más adelante, el mismo personaje expresará lo suyo sobre el comunismo, al declarar que “es una *brutalidad*. Es otra manguala

política pa' los vivos. Dicen camaradas, compañeros y ofrecen repartir todo... pero pa' ellos solos pa' los idiotas que pongan la espalda no quedara nada" (p. 146). Dentro de la obra, fluye una especie de sabiduría popular que nos acerca al debate político de una época en donde el pueblo tenía su propia opinión de los sucesos políticos, lugares de reunión y formas de expresión.

La representación política es la de una sociedad enferma en la visión de Osorio. La urbe capitalina era la pantalla donde los cambios sociales se percibieron de mejor manera. Para 1930 ocurre una migración del campo a la ciudad que ocasiona una aglomeración urbana. Los barrios pobres y las zonas marginadas de las ciudades se llenaron de gente que provenía, no sólo del campo, sino de las poblaciones vecinas a la capital, que llegan atraídas por la posibilidad de una vida mejor. La fusión de estos inmigrantes con los sectores populares y de pequeña y mediana burguesía conformó, según José Luís Romero (1984), las sociedades latinoamericanas; sociedad y clases sociales nuevas que van a ser representadas por autores contemporáneos.

En el caso de Osorio, este convierte el centro de la ciudad en un personaje político, que dentro de las obras es el escenario donde se desarrollan los sucesos. Pero junto a esa concepción espacial, en *El Día del Odio*, las calles toman forma de un organismo vivo que sirve de cárcel y de hogar para sus habitantes. La ciudad que describe Osorio no es la del norte lujoso, es del lúgubre centro de Bogotá. El autor se complace en describir esos parajes oscuros de texturas grises y opacas. Las viejas casas de los barrios obreros de La Candelaria, Egipto, las Cruces y de los cerros orientales. También aquellos lugares que representan estructuras de poder, es decir, aquellas instituciones de control y parajes por donde pasan y conviven algunos personajes. El autor nos introduce a esta ciudad enferma de mediados de siglo de esta forma:

La ciudad alzando su nivel insensiblemente y las pobres casas que nacieron desmedradas y débiles se van hundiendo en la tierra, hasta que la acera llega al nivel de las techumbres. Están condenadas a una vida subterránea, furtiva mísera, hasta que un día desaparecen para siempre como si se convirtieran en el sepulcro de sus habitantes. Particularmente en aquella sórdida callejuela, al lado de la quebrada de San Juanito, llamada la calle de las esmeraldas, desde cuando un imaginativo funcionario municipal se le ocurrió señalar con luces verdes las puertas de los prostíbulos. (Osorio, 1952, p. 106).

Junto a los lugares de abrigo y de paso figuran los hostales o típicas tiendas que sirven de lugar de esparcimiento para la gente, al igual que la *chichería*, que toma bastante importancia en el texto porque representa el lugar donde se da la discusión política entre los obreros, las prostitutas y los ladrones. En este tipo de discusiones, se opina sobre la situación social, se discute y se riñe sobre la clase dirigente y entorno a la imagen de Jorge Eliecer Gaitán, principal figura política de la época. El autor les otorga a los personajes una especie de voz omnipresente que se convierte en un reflejo de lo que se dice en la opinión

pública, en la prensa y radio, con un lenguaje, eso sí, modesto y popular, sobre el acontecer político. Los personajes con plena conciencia hacen señalamientos y proponen salidas a la situación, todo al calor burbujeante de la chicha de maíz:

Atendido por la clásica ventera de las leyendas santafereñas, de gordas caderas y sucios brazos, más acostumbradas a ordeñar vacas que a las sutilezas del comercio. Debajo del mostrador suele haber un barril o una caneca con chicha cuyo expendio es tan prohibido y tan impune como el del aguardiente, lo cual aumenta notablemente la clientela. (p. 106).

Pequeños negociantes de chucherías y comestibles, pregoneros de pomadas y medicamentos milagrosos, rufianes, cargueros, vagos, prostitutas, confluyen en estos lugares y vienen a desembocar en el centro de la ciudad, en donde los lugares más comunes y reiterativos son la plaza del mercado. El centro y la plaza de mercado son los lugares donde, según Osorio, la sociedad ha relegado a las clases populares colombianas. Por eso describe dichos espacios como un gigantesco cosmos totalmente apartado del resto de la sociedad. Uno a uno describe en orden aquellos personajes que aparecen en la multitud, como el vendedor del baratillo con múltiples objetos, el comerciante de hortalizas, el vendedor de billetes de lotería, el vendedor de cigarrillos, en suma, una especie de submundo comercial, más cerca de la realidad que de la ficción.

Los sujetos colectivos⁴ muestran los principales componentes sociales que configuran la noción de *pueblo* en la novela, y están relacionados con las clases bajas de la capital. Entre ellos se encuentran los personajes principales, que presentan características físicas y mentales, identificando una procedencia popular: Tránsito (campesina, mestiza, empleada, supuesta ladrona), El Alacrán (ladrón, exconvicto), El Manueseda (ladrón), La Cachetada (prostituta), entre otros. Entonces, estos personajes representan las figuras de baja procedencia de una ciudad como la Bogotá de mediados de siglo XX.

Junto a los lupanares y tiendas, así como almacenes y plazas, aparecen las instituciones públicas de represión, que en el imaginario de los personajes figuran, no como espacios de recogimiento y ayuda, sino como espacios de castigo; algunos ejemplos son el juzgado nocturno de la permanencia, la inspección de

⁴ La sociocrítica retoma la noción de sujeto colectivo, que se refiere a un grupo cuyas prácticas sociales y discurso dejan huella en la conciencia de los individuos particulares. Cada persona pertenece a una gran diversidad de sujetos colectivos que se hacen visibles a través de la diversidad de discursos que se manifiestan en su expresión verbal o escrita y en las imágenes que es capaz de producir. Asimismo, el sujeto colectivo, de acuerdo con Cros (2002), se explica porque cada individuo, durante toda su vida, se relaciona con otros sujetos colectivos, ya sea en el seno familiar o en espacios sociales como la escuela, grupos políticos o religiosos, entre otros. Esos grupos se caracterizan por determinadas prácticas sociales y discursivas, mismas que dejan huella en la conciencia individual de quienes entran en contacto con ellos (Cros, 1986; 2002; 2011).

policía sanitaria, la cárcel de correccionales, así como “la central misteriosa de calabozos y de torturas como las mazmorras de la inquisición” (p. 115). Si la descripción sórdida de las casas y hospedajes temporales eran poco alentadoras, estos lugares de reclusión son aún peores. Los funcionarios públicos aparecen como seres dispuestos a castigar y a mentir sin piedad y con una clara vocación burocrática, una estereotipación del funcionario estatal arraigado en su cargo por décadas.

Como cuerpo, Tránsito representa el lugar donde el Estado, representado en sus instituciones y funcionarios, ejerce su poder coercitivo, esto se ve en la serie de persecuciones que sufrió por la policía, en los interrogatorios y los registros sanitarios. En un apartado de la novela se afirma que

La muchacha estaba temerosa frente a la autoridad, fuera de su condición rural que la hacía sentirse tan humilde, pesaba sobre ella el temeroso respeto hacia el inmenso poder de la policía. La policía era la fuerza, la defensa, algo grande e indestructible. (p. 24).

En esa medida, la ciudad se presenta como un gran panóptico, con la mirada omnipresente de un dios policía dispuesto a castigar. En una de sus estadías en la permanencia, una de sus compañeras le advierte a Tránsito su destino de antemano, como un augurio natural para todo aquel que llega a la ciudad del campo y es señalado por esa figura omnipotente:

Se acabó tu vida *ora* tendrás encima a la policía, *ora* no sos *sin'una* nochera, una ratera. Cuando tengas un *chirito* nuevo, te lo quitan, porque dicen que es *robao*. Cuando pases por una calle, cualquier chapa te lleva a la *cana*, porque creen que andas buscando hombres, aunque te den asco. Cuando tengas hambre se reirán de vos. Cuando *tés enjerma*, no te recibirán ni en el hospital, no sos *sin'una* nochera. (p. 41).

Este personaje encarna todas las faltas que se le pueden ocasionar a una sociedad tradicional, rural, moralista, y al tiempo, todos aquellos castigos que puede soportar producto de ellas. Tránsito se convierte en símbolo de la ingenuidad rural y la malicia urbana, del crimen y del castigo.

Todo este escenario complejo y apocalíptico, se sitúa en ese imaginario de sociedad construido como representación de una época de grandes cambios económicos. Es preciso decir que durante los años veinte Colombia atravesó un periodo de crecimiento económico importante. El flujo de dinero —producto de la indemnización de los Estados Unidos por el canal de Panamá—, el aumento de los precios del café y la creciente inversión extranjera produjeron grandes cambios en la sociedad. Gonzalo Sánchez (1985) plantea que el crecimiento de la industria, ocurrido durante el gobierno de Enrique Olaya Herrera y el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, produjo una alteración demográfica, debido a la migración de campesinos a la ciudad como nueva mano de obra, y

desplazados por la violencia, generando conflictos sociales que se agudizaron a partir del año 1945. Los cambios económicos y sociales ocurridos en las primeras décadas del siglo XX empezaron a poner en duda los modelos o sistemas políticos y sociales reformistas, revolucionarios, que imperaban desde el siglo XIX y se nota, en el caso colombiano, cada vez más la fragmentación y desigualdad entre los diferentes estratos sociales.

El imaginario social de aquella época estaba definido en términos de las costumbres y comportamientos de sus integrantes, los lugares que frecuentaban, sus intereses económicos, culturales y las diferentes formas de expresión lingüística. La alta sociedad bogotana es la que aparece retratada en la página social de la prensa, la sociedad que asiste a los clubes y cócteles. Uno de sus personajes lee en la prensa lo que ocurre en una fiesta de la alta sociedad, donde se nombra a sus asistentes, los vinos que sirvieron, las joyas que llevaban puestas las mujeres, los abrigos, los diamantes. Es una sociedad adinerada, prestante, poderosa, representada también como escasa de valores humanos, donde es indispensable mantener una imagen ante el otro de su mismo grupo social.

Esas nuevas clases sociales serán protagonistas al final, en los sucesos del 9 de abril de 1948, donde confluyen todos sin distintivo. Por ello, en varias ocasiones, se vaticina, a través de los diálogos de los personajes, al calor de la discusión política en los bares y plazas, que los pobres se convertirían en ricos y los ricos en pobres, al menos por un momento. Es precisamente la época donde el discurso político liberal reivindicaba a las clases obreras, sobre todo el discurso gaitanista, que propendía por sacar del anonimato social a esta clase y hacerla partícipe del acontecer social.

En un fragmento de la novela aparece, a manera de *interdiscurso* histórico, la voz de Gaitán, como si estuviera en su tribuna de las plazas, de los parques, en el teatro municipal. De esta forma, fluye en el texto el ideario político tradicional de Gaitán. En este fragmento circulan los temas que atraviesan dicho discurso, como la condición de las clases populares, los privilegios de la oligarquía, la diferenciación de clases, donde se pone en evidencia la diferencia tajante entre el país político y el país nacional:

Ustedes son las víctimas de la organización social que hicieron los de arriba para aplastar a los de abajo. Ustedes trabajan, sufren, otros les arrebatan el fruto de su trabajo, les tiran unas migajas, gozan se regocijan. Para ustedes no se hace el progreso, ni trabaja la ciencia, ni florece la civilización. Para ustedes la oligarquía político-económica ha organizado las chicherías como suprema compensación de su sacrificio [...] el pueblo está separado por el odio en fracciones irreconciliables. De donde proviene ese odio es un artificio creado por los especuladores de la fe pública del trabajo humano. Cómo puede odiarse el pueblo entre sí, si todos padecen la misma hambre y la misma desolación. Pero conviene a los fines de los explotadores este odio, del cual se ríen, porque mientras ustedes se matan por la pasión política, ellos constituyen compañías, reparten dividendos, se apoderan de la tierra. (p. 145).

Con el bogotazo y la muerte de Gaitán, la ciudad experimenta un cambio a partir de los saqueos y la destrucción. Las clases bajas sienten por un instante un cambio de su condición social, en función de las antiguamente inalcanzables bebidas, de la posesión de objetos y electrodomésticos de valor, de las vestimentas arrancadas de los estantes, de poder entrar a recintos, hoteles, bares o casas lujosas en llamas antes prohibidas y, en suma, del vivir todo aquello que históricamente les fue inalcanzable.

El 9 de abril aparece ya cuando la historia termina. Los dos últimos capítulos desarrollan el hilo de los acontecimientos como extractados de la prensa o de los medios que informaron sobre el hecho. Los personajes no intervienen directamente en el acontecimiento histórico. La realidad histórica sirve de escenario para el relato de ficción. Mientras Gaitán moría, del otro lado, los personajes seguían su vida. El Alacrán huía, Tránsito buscaba la forma de salir de la ciudad y volver a su pueblo, La Cachetada buscaba su próximo cliente en medio del caos; el asesinato lo aleja de golpe de ese relato de ficción y los involucra con la realidad histórica. Todos confluyen en el centro de la ciudad para formar parte de esa masa amorfa, grisácea, que hasta horas antes, no tenía nombre y que posteriormente quedaría retratada en miles de fotografías, páginas, cuadros y billetes.

IV

Nueva Burguesía de Mariano Azuela

Mariano Azuela (1873-1952) fue un escritor mexicano oriundo de Jalisco, que se inició como escritor con una serie de artículos titulados *Impresiones de un Estudiante*, los cuales aparecieron publicados en 1896 en un periódico de la capital mexicana, y que serían el germen de su primera novela, *María Luisa*, aparecida en 1896. Cuando inició la Revolución, Azuela trabajaba como médico en las tropas; esta experiencia le permitió crear su novela más reconocida, *Los de Abajo*, que inicialmente apareció por entregas en el periódico *El Paso del Norte* en 1915. Fue uno de los miembros fundadores de El Colegio Nacional. En 1916, con toda su familia, se muda a la Ciudad de México. Su primer lugar de vivienda fue la zona de Nonoalco, Tlatelolco, barrio obrero, que será parte importante de inspiración de su obra.

Su novela *Nueva Burguesía* apareció en 1941 y muestra la vida cotidiana de los obreros en la Ciudad de México, en una época inmediatamente posterior al cardenismo. Trata aspectos como la solidaridad y al tiempo traición a lo conquistado en la Revolución, los momentos de esparcimiento de la clase obrera y la conquista de la calle donde se representa el imaginario político de la época. Ejemplo de ello es la contienda electoral que enmarca la novela durante las elecciones de 1940, particularmente las manifestaciones que apoyan la candida-

tura de Juan Andreu Almazán, quien disputaba la presidencia a Manuel Ávila Camacho.

Mientras que en Colombia la década del cuarenta es inaugurada por un proceso político que llevaría a la restauración de un periodo conservador en el gobierno tras el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán —época caracterizada también por un incipiente desarrollo de la industria y los primeros brotes de violencia política—, en México, como señala Vidaca *et al.* (2016), se da una aceleración en el crecimiento industrial. Esto último, sobre todo a partir de 1942, con un mercado de exportaciones de materias primas, generando un impulso industrializador, desde el gobierno de Manuel Ávila Camacho y particularmente durante el gobierno de Miguel Alemán Valdés, periodo conocido como *el milagro mexicano*.

El sistema político mexicano estuvo caracterizado, particularmente desde la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), por el consenso, el discurso populista y la inclusión de demandas de los grupos sociales populares —campesinos, obreros, empleados, artesanos, clases medias, burócratas, pequeños y medianos empresarios—. Este sería un elemento importante para entender cómo se configuró la estructura de poder del Estado mexicano a lo largo del siglo XX. También en ese periodo se inicia un proceso sucesivo del sistema presidencialista, como característica del sistema gubernamental mexicano; idea resaltada por el expresidente Cárdenas, quien afirmó que “En el gobierno una sola fuerza política debe sobresalir: la del presidente de la República, que debe ser único representante de los sentimientos democráticos del pueblo” (Córdova, 1990, p. 549).

Este sistema puso en entredicho el equilibrio de poderes de la república federal, institucionalizando esta práctica y permeando todos los otros poderes. Un aspecto importante, y que se pone de manifiesto precisamente en la obra de Azuela, son las relaciones que ese sistema va a entablar con las fuerzas sociales en pugna, particularmente agrupaciones obreras y campesinas. Es bajo el gobierno de Ávila Camacho, en el año 1946, que ese sistema se institucionaliza a través del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Un fragmento inicial de la obra de Mariano Azuela (1941) representa ese momento político:

Ese domingo 27 de agosto del 39 nadie hablaba sino de la gran manifestación que el pueblo metropolitano preparaba al general Almazán, candidato de los opositores al gobierno de Lázaro Cárdenas, y nadie quería privarse de un espectáculo que tenía ya su grano de sal y del que se esperaba algo. Por ejemplo, los diputados y senadores, alarmados por la popularidad del candidato enemigo, en mítines, banquetes, franquichelas y en las mismas cámaras, habían amenazado al pueblo con una carnicería. Uno dijo que él, personalmente, disolvería a pedradas la manifestación; otro excitó a sus colegas a concurrir al acto con sus armas bien engrasadas, debidamente respaldados por sus pistoleros (doscientos por cabeza), además de los millares de obreros militarizados de la CTM. (p. 7).

Para comprender el imaginario político representado en la obra de Azuela, es necesario hablar del corporativismo, que proviene del periodo de Cárdenas y que plantea la necesidad de entablar una relación con las organizaciones sociales, como la Confederación Nacional Campesina (CNC), la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y los trabajadores al servicio del Estado en el partido oficial, como estrategia para mantener la estabilidad política y económica del país. Un diálogo entre sus personajes pone de manifiesto lo anterior:

- Verdad, Campillo, ¿que todo lo que México tiene que agradecerle al presidente Cárdenas es que hoy la vida cueste cinco veces más de lo que costaba cuando pescó la silla?
- Y también que hoy ganemos cinco veces más de sueldo que el que teníamos antes de que fuera presidente —arguyó el testarudo e irreductible agente de publicaciones.
- ¿Y cuántos miles se mueren de hambre por la falta de trabajo? —dijo el señor Roque, cabo de cuadrillas, buscando camorra. —De eso el gobierno no tiene la culpa, sino estos ricos desgraciados que han escondido el dinero.
- Ya no hay más ricos que los del gobierno. (p. 20).

El modelo planteaba controles sobre los ciudadanos, obreros y campesinos, y la obligación de los sindicatos a integrarse a la CTM. Así, los trabajadores eran sometidos a sanciones coercitivas, mientras que los sindicatos mantenían una estructura jerárquica, manejados verticalmente incluso contra los derechos de los trabajadores y a favor de los intereses del patrón. Xelhuantzi (2006) define esta práctica como «charrismo sindical». Al respecto, un fragmento de la obra representa esa relación política entre los sindicatos y los dirigentes políticos:

Ávila Camacho va a ganar y, como eres rico, los comunistas se apoderarán de tus bienes. Pero si la pones a mi nombre, por ejemplo, todo está seguro porque nosotros somos proletarios, estamos sindicalizados, pertenecemos a la CTM, que defenderá nuestras propiedades, que en realidad son las tuyas. (Azuela, 1941, p. 69).

Según el autor, el Estado mexicano, en cabeza de sus gobernantes, justificó este sistema corporativista bajo la idea de que ayudaba a la estabilidad que garantizaba la modernización y la industrialización basada en la sustitución de importaciones. Esta estrategia hizo que se trasladaran las relaciones clientelistas y de cacicazgos políticos de su origen rural al escenario industrial, algo que Mariano Azuela va a llamar como la Nueva Burguesía.

- Desgraciados burgueses —dijo Cuauhtémoc entre dientes—. De trabajadores no tienen nada. Si alguna vez lo fueron ahora sus manos están cuidadas como las de una piruja.
- Ninguno vale menos de doscientos mil pesos —respondió el agente, buscando alguna explicación.

El camarada Cuauhtémoc, como por encanto, cambió de gesto. «Ya me fui de bruces», pensó su amigo y se aprestó a sincerarse:

—Bueno... yo digo que en los sindicatos suele haber líderes que no comprenden la misión histórica que el destino les ha deparado. Se convierten en parásitos, traicionan al conglomerado, pero éste nunca se equivoca y, a su hora, sabrá pedirles cuentas de su conducta y aplicar el condigno castigo a los prevaricadores. (p. 68).

Tanto en la novela de Mariano Azuela como en la de José Antonio Osorio Lizarazo, la ciudad es el gran escenario donde se representa el acontecer social y político. Se enmarcan en un tipo de narrativa testimonial donde se muestra el cambio que viven ambas naciones, más concretamente de la vida rural a la vida urbana. En el caso de Azuela, muestra la calle donde figuran los estereotipos de los marginados, como obreros, campesinos y prostitutas. Si en el *Día del Odio* de Osorio el discurrir de la vida cotidiana se lleva en las chicherías del centro de Bogotá, en el caso de Azuela las pulquerías van a reflejar esos lugares nocturnos de la vida posrevolucionaria. Para Quiroz (2012), estos lugares serán el punto de encuentro de personajes que contrastan, donde se representan los provenientes de barrios populares, mezclados con ese nuevo grupo social que refleja su mirada crítica que heredó el clientelismo, la traición a los ideales de la Revolución Mexicana, y el oportunismo del corporativismo impulsado por el Estado mexicano.

La cantina estaba llena de choferes, rieleros, soldados, mecánicos y hasta fifies de chaqueta corta con pretensiones de *smoking*, pantalones faldas y la cabeza luciente a fuerza de brillantina. El color amarillo oro del traje de Gracia Escamilla, contrastaba con el rojo infernal de su hermana Libertad. Escotada hasta la cintura, mostraban espaldas y pechos prietos, atrocemente empolvados. Charlaban arrebatándose la palabra, sin permitir que nadie les metiera baza. Los fifies vaselinados, de largas patillas negras, les ofrecieron cocteles. (Azuela, 1941, p. 29).

Se trata de una nueva clase que consume cosas que antes les fueron inalcanzables, la sociedad de consumo del milagro mexicano, antes ferrocarrileros y empleados públicos que ahora pueden acceder a lugares antes inaccesibles, vestir y calzar, comprar el *Buick* último modelo y todo gracias a su participación política a través de los sindicatos y el partido.

A través de sus personajes, Azuela también representa a una masa obrera, monstruosa y deforme que es guiada y manipulada por los intereses políticos de la época. La permanente alusión a aspectos raciales, étnicos y sociales, similares a los que utiliza Osorio Lizarazo, son una constante en su novela. La indumentaria, la forma de vestir, los adornos y demás pertrechos muestran a una población obnubilada por las promesas incansantes de ascenso y progreso social, a través de su afiliación al partido o sindicato.

—Griten: ¡Viva el General Ávila Camacho! [...]

Respondían unas cuantas voces desvaídas. La indiada seguía bajando de jaulas de ganado, vestidos de manta, neja, sombreros de soyate deshojándose de puro viejos, de huaraches o descalzos. De tramo en tramo un jayán, de pantalón de casimir, sombrero de lana, pistola al cinto, el ojo bovino y larga jefa colgando, conducía a la manada. Los más viejos inclinaban resignadamente la cabeza, sus ojos opacos de burros cansados, en tierra; los jóvenes reían sin saber de qué. (p. 66).

Finalmente, el autor hace una alusión al pasado colonial de México, cual si fuera una consecuencia de una práctica heredada de tiempos de la conquista. Lo hace a partir de relacionar al encomendero español de aquella época con el líder político o sindical, otorgándole carga histórica, convirtiendo a esa nueva clase social naciente en la encargada de llevar la carga de redefinir el futuro político del país.

Eran las mismas bestias de carga al servicio del encomendero español después de la Conquista, las mismas que hoy obedecen al líder, al sargento o al presidente municipal. Sudando la gota gorda los conductores de la gran manada humana, convertidos ahora en tramoyistas de la farsa, obligaban a los que ya habían desfilado frente al balcón del candidato oficial a formarse de nuevo a la cola de los manifestantes para dar la impresión de doble y triple número de los que realmente eran. (p. 69).

V

A manera de Conclusión

Tanto en Colombia como en México, a partir de la década del cuarenta, se dieron procesos de conformación de regímenes políticos cerrados y autoritarios propiciados por los grupos de poder, partidos políticos y sectores importantes de las clases populares, obreros y campesinos. En el caso de México, el sistema político giró en torno a la figura de un partido hegemónico, el Partido Revolucionario Institucional, como canalizador del poder político; en el caso colombiano, con una transición política de una junta militar hacia la conformación de un modelo de sistema bipartidista conocido como El Frente Nacional.

Durante la primera mitad del siglo XX, ambos contextos políticos estuvieron caracterizados por diversos procesos históricos. En el caso de Colombia, la consolidación de un sistema bipartidista que organizó el Estado y sus instituciones y del cual derivan las diferentes etapas de la violencia durante todo el siglo, iniciando con la última gran guerra civil, La Guerra de los Mil Días, al enfrentamiento con los grupos armados de izquierda y derecha en la década del setenta, donde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán fue un punto de quiebre.

Por su parte, en México se caracterizó por los efectos de la Revolución en la vida sociopolítica, hasta la formación del sistema político centrado en la figura de un partido único. A su vez, en ambos casos podemos observar que fueron cruzados por épocas y procesos históricos que desataron la violencia vivida a mediados de siglo.

También se pudo ver que los diferentes imaginarios fueron presentados en la literatura de ambas sociedades a mediados de siglo XX. Se revelan las posiciones desde y contra la visión de la clase política y las instituciones del Estado. La construcción de personajes, escenarios, así como situaciones relacionadas con la política y la sociedad son elementos iniciales de aporte al análisis del testimonio del mundo político y cultural de ambos países.

Este tipo de literatura documentó prácticas sociales de los políticos, sus discursos, acciones, la motivación de sus conductas y el mundo socioeconómico en el cual se desarrollaron. También, la descripción de la cotidianidad de los sujetos no vinculados expresamente con la política y la multitud de espacios de socialización política no siempre incorporados por los sistemas políticos. Por su parte, la violencia queda plasmada a través de la descripción de las muertes y masacres con tal detalle e imagen de este contexto represivo, así como en la voz de sus personajes como parte del imaginario de la época, orientado también a la representación del Estado a través de sus instituciones, y lo gubernamental, a través de las figuras políticas.

En las lecturas analizadas, se denota la existencia de organizaciones políticas constituidas a partir de modelos de partidos políticos, (liberal, conservador, PRI), su ideario y prácticas con relación al poder. Fue frecuente hallar en esta literatura juicios de valor en torno al sistema político, su conveniencia o inconveniencia para los intereses de algún un grupo social —campesinos, obreros, estudiantes, intelectuales.

A partir de los recursos estilísticos, formales, literarios y testimoniales que los autores vincularon en sus obras y que fueron analizados aquí, se demuestran los espacios, escenarios urbanos y rurales que, a partir de sus descripciones, dieron cuenta de las circunstancias económicas, sociales y culturales de esas décadas. Las novelas denunciaron la fragmentación social presentada desde variables políticas, culturales y religiosas, en el escenario de la ciudad, que también es protagonista del hecho, que aparece como un lugar convulsionado e inestable, donde sus fronteras se encargan de retener a los individuos de acuerdo con su procedencia social.

Referencias

- Aróstegui, J. (1996). La Especificación de lo Genérico: La Violencia Política en la perspectiva histórica. *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, 132-133, 9-39.
- Azuela, M. (1941). *Nueva Burguesía*. Editorial Club del Libro Amigos del Libro Americano Argentina.
- Bustos, G. (2010). La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria. *Historia Crítica*, 40, 10-19.
- Córdova, A. (1990). La concepción del Estado en México y el presidencialismo. En *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. Siglo XXI, Universidad de las Naciones Unidas.
- Cros, E. (1986). *Literatura, Ideología y Sociedad*. Gredos.
- Cros, E. (2002). *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. CERS.
- Cros, E. (2011). Hacia una teoría sociocrítica del texto. *Sociocriticism*, 26(1 y 2), 31-47.
- Eagleton, T. (1998). *Introducción a la Teoría Literaria*. Fondo de Cultura Económica.
- Escobar, A. (1990). Reflexiones Acerca de la Literatura de la Violencia. *Revista Lingüística y Literatura*, 17, 92-121.
- Forero, Y. (1994). *Un Eslabón Perdido, La Novela de los Años Cuarenta (1941-1949)*. Editorial Kelly.
- González Calleja, E. (2017). *Asalto al Poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales*. Siglo XXI.
- Osorio, Lizarazo J. (1951). *El Día del Odio*. López Negri.
- Quiroz Ávila, T. (2012). Mariano Azuela y las Novelas Urbanas de la Posrevolución. *Revista Fuentes Humanísticas*, 43, 73-94.
- Romero, J. (1984). *Latinoamérica: Las Ciudades y las Ideas*. Siglo XXI.
- Sánchez, G. (1985). Raíces Históricas de la Amnistía o las Etapas de la Guerra en Colombia. En *Ensayos de Historia Social y Política del Siglo XX*. Ancora Ediciones, pp. 215- 275.
- Vidaca Montenegro, M., López Espinoza, A. y Santos Cenobio, R. (2016) *Historia de México*. Universidad Autónoma de Sinaloa.
- White, H. (1992). *Metahistoria, la imaginación histórica en el siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica.
- Xelhuantzi, M. (2006). El sindicalismo mexicano contemporánea. En Inés González Nicolás, *Los Sindicatos en la Encrucijada del siglo XXI*. Friedrich Ebert Stiftung, pp. 13-38.